

Camino y obstáculo: belleza y misterio, maravilla y sufrimiento en el desarrollo del método psicoanalítico

Rosa Castellà y Lluís Farré

Resumen

Cien años de psicoanálisis han transformado profundamente la conceptualización del psiquismo y del método psicoanalítico. El modelo Bion-Meltzer reevalúa la dimensión de lo estético en el proceso de desarrollo mental y ubica el método de trabajo de la pareja psicoanalítica en la encrucijada de la ciencia y el arte.

En este trabajo reflexionamos sobre este tránsito, y nos acercamos a la voz de los poetas para comprender el nuevo lugar que ocupan analista y analizado en el proceso psicoanalítico; pensamos el conflicto estético y su malograda resolución en el modo en que define la transferencia preformada que inaugura el encuentro afectando a ambos participantes, y los aspectos técnicos orientados a su resolución. El material clínico de dos casos apoya nuestra reflexión.

En el alba del milenio repensamos los desarrollos del método psicoanalítico; desde la temprana clínica de Sigmund Freud a la práctica de Donald Meltzer hallamos en los desarrollos kleinianos la revisión más profunda en el modo de concebir la mente y su enfermar: pasa a ser pensada como fenómeno que sirve a la construcción interminable de la personalidad, y su trastorno como situación de colapso creativo debido a funcionamientos protometales de supuesto básico, es decir, operaciones que interfieren el acercamiento de los acontecimientos emocionales al campo de recepción simbólica, primer peldaño en la construcción del pensamiento. Esta transformación conceptual modifica el lugar del analista y su herramienta de trabajo. Así, la interpretación pasa de ser la formulación de una hipótesis científica a la descripción de fenómenos psíquicos (Harris-Williams, 1990, p. 20), parecida a la que hace el artista; y, como éste, el analista acepta humildemente la impenetrabilidad de los misterios

de la mente, dedicándose a la búsqueda de una transformación (Bion, 1965, p. 4) que ilumine la andadura del analizado por la floresta de sus pensamientos.

La condición de humanidad en que la personalidad halla estructura, recorre la relación con los objetos internos confrontando el impacto de su belleza y misterio y las peripecias del conflicto estético. La andadura por los obstáculos a la emoción y a la construcción de sentido decidirá la vida de la mente y el significado que emanará al mundo externo. Hoy, el consultorio de análisis define el lugar de observación y trabajo de la mente asaltada por emboscadas a la producción de significado; la investigación de la dinámica transferencia-contratransferencia constituye ahora la esencia del proceso, y su dificultad se concreta en el logro de la atmósfera adecuada a la manifestación de la emoción y en el desarrollo de la capacidad de observación que atrape su sentido. Urgen referentes que posiblemente encontremos en el laborar del artista «...porque, obviamente, la función que trata de desempeñar un analista en el consultorio, de describir su intuición del estado de la mente del paciente, no es una función que haya sido inventada o patentada por el psicoanálisis o que sea monopolizada por éste» (Meltzer, 1971, p. 274). En la fábrica artística puede hallar el pensamiento al pensador capaz de hacer una realización.

Aquí reflexionamos, sin pretensiones de singularidad, sobre el trasiego conceptual del método psicoanalítico, los impedimentos internos y externos para su desarrollo y las consecuencias relativas al obstáculo a la función psicoanalítica de la personalidad. Acogemos la palabra del poeta para iluminar con ella la clínica, allí donde se exhibe la maltrecha capacidad tan necesaria a la del sentido de lo humano: el aprecio y maravilla de la belleza del mundo. Intentaremos verlo en la peripecia de la pareja analítica atrapada en la transferencia preformada, pensándola en el paciente pero también desde las dificultades de quienes desean «devenir» analistas (Bion, 1991).



Algunas reflexiones acerca del conocimiento, la belleza y la mente

En Bion la mente constituye el teatro para la producción de significado, y el conocimiento que persigue es «la verdad sobre nuestra experiencia emocional, y su búsqueda es equivalente a una búsqueda religiosa en la que las fuerzas psíquicas opuestas a la verdad interfieren el conocimiento de sí mismo» (Harris-Williams, 1990, p. 17). Sólo la experiencia que conmueve el alma por su cualidad estética, interesa a la construcción de significado de la que depende la ilimitada expansión de la mente.

Otros vértices hermanan parecidas formulaciones. El pensamiento romántico instituye un vínculo entre conocimiento, belleza y mente; Keats concluye su *Ode on a Grecian Urn* así:

«Beauty is truth, truth beauty,» that is all
Ye know on earth, and all ye need to know.

Concreta la integración de belleza y verdad en la que se manifiesta la creación, afán heredado de nuestro pasado griego, que alienta la ambición de establecer para lo humano una norma no sólo estética sino también ética. Así el hecho humano alcanza lo divino: «...concreto yo lo divino como una conciencia única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo [...] puesto que para mí todo es o puede ser belleza y poesía, expresión de la belleza» (J. R. Jiménez, 1936-1954, p. 260). Todo es y puede ser, sólo, y no hace falta más, belleza y verdad para describirla. La maquinaria adánica reclama el aliento de la emoción para que la alcance lo divino.

Un afán por la maravilla recorre la vida del hombre atravesando la enunciación poética desde el amanecer de la palabra, ora en forma de asombro indecible,

M'illumino
d'immenso.¹

ora como la guía responsable del poeta-profeta, para quien la palabra es grito y llanto en la sombra, llama prometeica que incendia futuros para dar testimonio de la luz que tiembla más allá de la consciencia:

Porque el dios busca al hombre
que quiere ser su mensajero
entre los otros hombres, yo te he visto, vecino
diligente
de la ciudad de la paz,
aparecer en el sol de oro de mi puerta...²

León Felipe, espera su llegada en el sueño,

Lo que soñé en la tierra y en el vientre fecundado de
mi madre
lo sigo aquí ahora sobre la piedra oscura de mi
almohada...³

que le revela el misterio de la creación, como a Jacob el tráfico por la escalera que le une a la divinidad del objeto interno mientras su cabeza reposa en la piedra tocada por la luz nocturna del desierto. Así, según Keats, el hombre se da a lo esencial, más allá de lo aprehensible, rotas las ataduras de la conciencia, como León Felipe aconseja,

Trampas de redes y de lazos
son los cuentos
con los que me ovillan a la tierra
y con los que me cercan en el tiempo.
[...]
Romped,
romped todos los cuentos,
que no quiero verme
en el tiempo
ni en la tierra
ni en el agua sujeto.⁴

para poder vislumbrar la luz y la verdad,

...¿O la vida es este parpadeo sin tregua
entre las tinieblas y el relámpago?⁵

porque, para verlas, la sombra es exigencia:

... La sombra me evita el sitio
y me pone el agua interna,
las costas oscuras son costas de honda presencia...⁶

También es condición que los analistas-poetas (Harris-Williams 1990, p. 18-19) proponen: Freud llevando a «mirar las cosas una y otra vez hasta que empiecen a hablar por sí mismas»; Bion aconsejando, «si nos quedamos, si no huimos..., si continuamos observando al paciente, pasado un tiempo aparecerá un modelo». Porque eso inaprehensible al conocimiento sólo puede ser atrapado al vuelo según Keats sugiere y el concepto de inspiración poética nombra.

Trías aporta otra perspectiva al referirse al hombre como ser del límite. En *Lógica del límite* utiliza la metáfora de las fronteras del Imperio de Bizancio establecidas por Heraclio para restaurar el viejo *limes* imperial. Este *limes* —habitado y protegido por los *limitanei*, ciudadanos del Imperio, medio soldados



medio agricultores, dueños y explotadores de la tierra limítrofe— constituía la frontera entre la organización imperial, fuente de su identidad y cultura, y el cerco externo permanentemente asediado por bárbaros, persas, musulmanes, cruzados, turcos y otomanos. Un imperio de diez siglos se mantuvo por los *limitanei*, seres de frontera dispuestos a luchar por la continuidad del sistema imperial y sometidos a la influencia de asediadores y visitantes externos al *limes*. En la franja, lucha interminable, mestizaje y trasiego de valores, conflicto entre mundo e inconmensurable tierra ignota más allá de las empalizadas.

Trías sitúa al hombre en la frontera como obstinado cultivador del límite, en perpetua oscilación entre sordera y ansia de voces del lado oscuro; *limitanus* del lugar que amplía los márgenes del sentido aún a costa de la amenaza que llega del otro lado en forma de maravilla y espanto, extrañeza y potencial de conmovir lo establecido. El *limitanus* habita en la grieta del cambio catastrófico (Bion, 1970); si cambia el *limes* por Bizancio cae en el inmovilismo y la burocracia. De ahí, a la debacle evolutiva de la mente contra la que alerta Machado,

Mi corazón se ha dormido?
Colmenares de mis sueños
¿ya no labráis?
[...]
No, mi corazón no duerme.
Está despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira,
los claros ojos abiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio.⁷

porque es a esa orilla del *limes* donde llega la palabra:

[...] Puede olvidar, callar, gritar entonces dentro
la palabra que llega del redondo todo,
[...] la vibrante palabra muda,
la inmanente,
única flor que no se dobla,
única flor que no se extingue,
única ola sin fracaso...⁸

¿De qué modo acercarse ahí para poder arañar el sentido que da fe del encuentro con la belleza del mundo? Si la versión del poeta es:

... Alguien está ahí
detrás de la negra cortina...

al otro lado
de la oscura muralla invulnerable
¿Quién es?
Shhh, callaos, que le vais a ahuyentar...⁹

¿podemos nosotros describir el acceso a la región limítrofe y alguna suposición de lo que acontece más allá de lo visible? Cuando hablamos de método psicoanalítico y función psicoanalítica de la mente, ¿decimos algo nuevo o estamos en el mismo decir del poeta que una y otra vez se consume en el fracaso del decir?

Sobre el método psicoanalítico y la función psicoanalítica de la mente

La intersección conceptual entre función psicoanalítica de la mente y método psicoanalítico —en tanto que actividad y procedimiento para acercarnos a los hechos de la emoción— es borrosa; la búsqueda de saber renueva el fracaso. Ya en Sócrates se sugiere la ausencia de sistema; la *dialektiké methodos* sólo define el andar del diálogo, talante de una búsqueda (Martínez Marzoa, 1997-98, p. 86-87) condenada al fracaso en sus intentos de conocer, en la que se persevera por el puro afán de caminar:

Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.¹⁰

Keats resuelve caminar sin desmayo entre nieblas, sin desasosiego por atrapar el hecho y la razón. Denomina «capacidad negativa» a esa cualidad de la marcha y afirma que el conocimiento sólo se revela en la predisposición a la escucha atenta y libre, ajena a toda pretendida posesión de la razón; el método se constituye en la preparación de las condiciones de esta predisposición.

Bion ejemplifica esa actitud en *A Memoir of the Future*. Su viaje autoanalítico muestra las diferentes voces del tránsito vital del ser y de la especie, la posibilidad de diálogo entre ellas y los obstáculos que se le oponen (Meltzer, 1998, p. 18). Teme que pretendamos «entenderlas» persiguiendo un método que sature su significado, porque entonces enmudecerán para siempre. También el poeta reclama esa múltiple presencia: «Yo fui y vine contigo, dios, entre aquella pleamar unánime de manos, el olear unánime de brazos; brazos, manos, las ramas del tronco con raíz de venas del corazón de todo el cuerpo que tú recoges en tu tierra; y todo en llama, en sombra, en luz, también



en frío; en verde y pardo, en blanco y negro, en oler, en mirar, en saber, en tocar y en oír de tantas razas confundidas. En gozar de cien razas confundidas, yo fui y vine contigo.» (J. R. Jiménez, 1936-1954, p. 331). Bion confía en que se pueda crear un grupo de trabajo en la mente que dé cabida a todos los decires de la personalidad en evolución, aquella «pleamar unánime» juanramoniana; religa su pensamiento a la tradición socrática, con su *dialektiké methodos* que mueve todas las voces al diálogo interminable que expande la mente en el universo del *logos* sin fin. El método psicoanalítico puede concebirse entonces como la preparación requerida para mantener el diálogo, la liquidación del egoísmo de la voz única, la renuncia a la saturación conceptual. Sólo así, el inconsciente puede pensar creativamente. Cuando tales condiciones se extravían, se entiende la pena de Novalis por la pérdida del mar de voces: «Una vez oí hablar de tiempos antiguos, en los que los animales, los árboles y las rocas hablaban con los hombres» (Garrido, 1998, p. 47). Semejante preocupación comparte el poeta:

...oigo unas voces confusas
y enigmáticas
que tengo que descifrar.
A veces las escribo sin descifrar
para que las descifremos entre todos
porque no quiero que me engañe el Oráculo...¹¹

Invita a mantener la confianza en que palabra y sentido vendrán revelados allí donde no sean buscados:

Ella sabe bien que soy
quien no la busco y la encuentro,
y que ando confiado,
porque no me tiene tedio;
y yo sé bien que ella es
la que me encuentra queriendo
y que anda confiada
porque no le tengo sueño.¹²

Así, ¿a qué podemos llamar hoy método psicoanalítico? Meltzer lo considera una ciencia-arte empapada por la atmósfera estética; Bion relaciona la descripción interpretativa con el trabajo del artista: «Más allá de las improvisaciones en el análisis, las interpretaciones que damos serían mejores si resistieran la crítica estética» (Harris-Williams, 1990, p. 21).

La fórmula del poeta y del analista-poeta establece una equivalencia entre método y

condición para la presencia de las voces que susurran al oído, a saber, preparación de la atmósfera interna y externa en la que aparece el verbo y con él el origen de todo, lugar en el que la belleza «encuentra queriendo». Es una atmósfera de intimidad y pasión (Meltzer, 1988) en la que puede hallarse la fuente de una función misteriosa: la figura parental combinada interna. El poeta la recrea así,

Esa mujer alzada en luz de pecho y frente,
ese niño contento que me mira,
ese hombre inclinado, con las manos tan grandes,
la fusión del ser vivo, del ser nuestro
con la renovación de todo...¹³

y así sugiere la función misteriosa, la que viene revelada en los sueños,

[...] Ésa es también nuestra familia,
en nuestra casa tienen su guarida,
y cuando salen por la tarde,
ya encerrados los de las horas claras
esparcen la grandeza
que el misterio acumula en sus entrañas.
Son los entendedores del misterio...¹⁴

Hablaremos entonces de método psicoanalítico como ambiente que arremete contra la profanación del templo del diálogo con la belleza del mundo y del continuado fracaso en describirla. Porque este diálogo ha de ser posible; si la relación de objeto ha llevado en el curso de la evolución a lo que entendemos como fenómeno humano, hemos de presumir la función psicoanalítica de la personalidad como una oportunidad para todos, una capacidad innata con la que inaugurar la andadura por el planeta azul y el infinito universo de la mente. En el enfoque Bion-Meltzer del psicoanálisis, dice Harris-Williams (1998, p. 218): «... el bebé que tiene fe durante el destete es como el niño descubriendo el lenguaje, ambos están entrando en una atmósfera estética y simbólica que se halla estructurada por la pasión, llenando de este modo las demandas genéticas de su innata mentalidad humana y haciendo los primeros pasos de su construcción». Y Meltzer apunta sin ambigüedad: «Podemos en el campo del funcionamiento mental partir de dos posiciones diferentes. Podemos pensar que los niños no tienen mente hasta llegar un momento en que, de una forma misteriosa, empiezan a desarrollar funciones mentales. Podemos empezar de otro modo, a saber, asumir la premisa de que



tienen mente en tanto no dispongamos de algo concreto que justifique lo contrario [...] a menos que tengamos evidencias de la ausencia de funciones mentales asumiremos el hecho de que en el feto las hay» (1994). También aquí coincide el poeta:

... Dioses constantes de lo más frecuente,
sostenes del objeto y el sujeto
de su relación, lenta y melodiosa,
en la noche, en el día.⁵

Capacidad «constante» de subjetivación, para todos, que requiere condiciones adecuadas al despliegue, «lento y melodioso», de su riqueza. Cuando esta capacidad, como otras con las que la especie nos regala, queda obstruida en su desarrollo, tiene sentido intentar el método cuya esencia recuerda Meltzer (1971, p. 260): «[...] la esencia del método psicoanalítico es [...] que el analista debe tratar de ver qué pasa en la relación entre él y su paciente, transformando ambas series de observaciones, “sobre” y “en”, transferencia y contratransferencia, la experiencia externa e interna del momento». Ver, en definitiva, qué pasa entre los dos obstaculizando el acceso a la interminable experiencia del conocimiento. Meltzer habla de la belleza del método porque es indeciblemente hermoso; por eso mismo, y por el misterio de la creación de significado que en él se da, puede hacerse insoportable.

Sobre el fracaso de la función psicoanalítica de la mente: peripecia evolutiva del conflicto estético

La relación inaugural concreta un recorrido de obstáculos. A la dificultad de la arrebatadora presencia del objeto primordial hay que añadir lo que en su comparecencia está ausente y reverbera como misterio. Si Apolo, dios solar, es luz cegadora y protector de poetas, no es menos cierto que es de su hermano de quien el poema quiere dar cuenta: desde la luz de la noche, Hermes se insinúa tenuemente en el claroscuro del verbo; así el objeto.

Ese vacío en el que reside el aliento de la belleza es el de la capacidad negativa de Keats, la espera vigilante del *limitanus*, en la orilla del gran silencio machadiano. Disposición difícil cuando la presencia no se traduce en claridad: el vigor y la pasión de los sentimientos ante la belleza y su misterio pueden alcanzar el dolor explosivo;

Hölderlin lo afirma: «El hombre no soporta sino por breves instantes la plenitud de lo divino» (Garrido, 1998, p. 103).

Así, el conflicto mental se desarrolla en la atmósfera del conflicto estético, de encuentro y desencuentro, aceptación y rechazo, emoción y frialdad, reconocimiento e ignorancia de la belleza... El impacto estético y su resultante en conflicto constituyen el acto fundacional de la relación de la criatura humana con el mundo; impacto porque la belleza se revela pero no se deja tomar: así el alba, que desafía la palabra del poeta; así el rocío, que Monet no logra coronar en los nenúfares; así la placenta, y el pecho, y la luz de los ojos, y el olor del regazo, y la seda de la piel, y la voz de la madre, cuando el pequeño artista intenta llenar el lienzo de su mente, dar hondura a los sonidos iniciales, fundamento a la conmoción que le arrebató. Meltzer (1988) asegura que la experiencia de la belleza nos viene dada, pero no llegamos al mundo con la tolerancia de su impacto puesta. Si no la construimos puede estallar la violencia, entendida como fracaso en la incorporación del concepto de maravilla frente a la belleza del objeto: un replegarse en contra en vez de un seguir en pos de él hasta los confines del conocimiento (Harris-Williams, 1999).

En efecto, cuando la tolerancia a la revelación es mínima, cuando no es posible el puro goce de la contemplación, cuando la ignorancia se hace insoportable y exige una palabra que no espera la llegada de las voces internas, es entonces cuando pueden activarse procedimientos orientados a la denigración de la belleza. Es aquí donde yace el elemento trágico de la experiencia estética, «...no en la transitoriedad, sino en el carácter enigmático del objeto. El conflicto estético es diferente de la agonía romántica en este aspecto: su experiencia central de dolor reside en la incertidumbre, tendiendo hacia la desconfianza, rayana a la sospecha. El amante está desnudo como Otelo a las murmuraciones, pero es rescatado por la búsqueda de conocimiento, el vínculo K, el deseo de saber, más que el de poseer al objeto de deseo. El vínculo K apunta al valor del deseo como estímulo para el conocimiento, no simplemente como ansia de gratificación y control sobre el objeto. El deseo hace posible, esencial incluso, dar al objeto su libertad» (Meltzer, 1988, p. 27).

Siempre dolor... y rescate a través del conocimiento. También Esquilo, en *Agamenón*, hace decir estos versos al coro: «Zeus ha abierto el camino del conocimiento a los mortales mediante esta ley: por el dolor a la sabiduría...» (Estrofa 2,



180). Para que el dolor pueda ser tolerado (Bion, 1963, p. 61) se requieren condiciones de modulación que yugulen el escapismo y la caída en la ignorancia:

Roland: ¿Quién comprará mis pesadillas?
P. A.: Yo lo haré. Si tienes lágrimas para derramar,
derrámalas ahora.
(1991, II, 282)

También León Felipe recuerda el llanto que guía a la visión:

Luz...
Cuando mis lágrimas te alcancen
la función de mis ojos
ya no será llorar,
sino ver.¹⁶

A veces no quedan lágrimas para llorar... o se regatea el coste:

Roland: ¿No podría eso conseguirse sin ningún aparato tan costoso en tiempo y dinero?
P. A.: No. El dolor mental requiere ser manejado con mucho cuidado.
(Bion, 1991, III, 355)

Entonces se movilizan otras «capacidades» de orden destructivo, al servicio de renegar del misterio y adecuarse a un aparato barato, erigido sobre las adquisiciones características del proceso evolutivo; así, aprender a hablar, dominar el lenguaje y poder nombrar los objetos, o caminar, transitar y pisar un territorio, o establecer una teoría... pueden constituirse en finalidades en sí mismas desligadas de su único sentido: herramientas al servicio de seguir al objeto hasta los confines del conocimiento. Así se estanca la mente y deja de «ver» aquello que «posee». Dice Meltzer: «[...] ¿Cómo evita [el niño] percibir la variedad hasta que la diversidad de nombres se le impone? Tendemos a sospechar que la institución de la amnesia infantil arrastró consigo hasta las profundidades a la maravilla infantil, el sentido estético, el hambre de la mente y, en su lugar, estableció las cualidades de la latencia, de complacencia, realismo y ambición de posesiones» (1971, p. 244).

Las cualidades de la latencia pueden dominar una vida; llenan el vacío de la ignorancia con el poder, como si el control significara poseer el misterio del objeto. Así pierde el hombre su estatuto de humanidad, porque contraviene lo que Zeus ha dispuesto para él en orden a dotarlo de mente y

hacerlo divino a pesar de la muerte. ¿Cómo evitar rebelarse contra la establecida ley «por el dolor a la sabiduría» y tolerar el dolor del impacto del objeto bello y misterioso del que el *self* depende para alcanzar el sentido del mundo? El poeta enuncia el conflicto,

Perché crei, mente, corrompendo?
Perché t'ascolto?
Quale segreto eterno
mi farà sempre gola in te?¹⁷

la corrupción de la golosidad que se despierta en el *self*.

En este conflicto situamos la primera dificultad que deseamos considerar, a saber, la no aceptación de la belleza del objeto y el afán de poseerlo que activan la identificación intrusiva y concretan la confusión bebé-madre (Meltzer, 1967, p. 28-29), con la resultante de su denigración. No nos ocuparemos de fenómenos psicopatológicos contingentes como la grandiosidad y el encierro claustrofóbico (Castellà y Farré, 1999), pero sí de las formas que toma este tipo de actividad en la relación analítica. En ella se cumplirá el escenario de Trías (1991); paciente y analista pueden habitar en el *limes* o acomodarse en el respectivo narcisismo constituido como imperio. Pueden ser servidores de la frontera, valerosos exploradores del cambio catastrófico, con votos de renuncia a los respectivos modos de ver y escuchar para poder oír el rumor que llega como un extraño desde el misterio del uno para con el otro... O complacidos ciudadanos de su cultura, para quienes los *limitanei* no son más que gente extravagante y de poco fiar.

El modelo de Trías sirve a la segunda de las dificultades a considerar, las de una mente insuficientemente evolucionada, sin la habilidad y capacidades requeridas para tolerar el sufrimiento de la vida en el *limes*, con las cualidades de incertidumbre, complejidad e inaprehensibilidad que la caracterizan. En este caso, el conflicto se trata con modos de actuación destinados a reducir la perplejidad: por una parte aferrándose a conocimientos preestablecidos sin tantear más allá de lo sabido; por la otra, simplificando lo complejo, o lo que viene a ser lo mismo, haciendo bidimensional lo que es tridimensional y parcial lo que es total. Así se consume el cierre frente a la apertura, la concretización ante el misterio, la notación descriptiva frente a lo innombrable, el materialismo ante la espiritualidad. Así la belleza física, el dinero y las posesiones materiales pasan a constituir el único universo pensable y posible. Este



es un punto clave para entender la maltrecha salida del conflicto estético; en palabras de Meltzer, «la tolerancia de este conflicto que constituye el meollo de la fortaleza yoica, reside en la capacidad que Bion, después de Keats, llamó “capacidad negativa”, la aptitud para mantenernos en la incertidumbre sin esforzarse irritablemente por llegar al hecho y la razón. [...] En la lucha contra el poder cínico de los vínculos negativos, esta capacidad para tolerar la incertidumbre, el no saber, la “nube de ignorancia”, es constantemente invocada en la pasión de las relaciones íntimas y este es el centro del conflicto estético.» (1988, p. 20)

No se agotan ahí las posibilidades de ruina del vínculo. También la fomenta la ausencia de reciprocidad estética, sin la cual no es pensable la promoción del desarrollo mental. A través del relato clínico creemos ver el modo en que uno y otro conflicto llegan a constituir un círculo de malicia, perversidad, impotencia y destrucción, que provoca la huida del espacio estético y malogra el acceso a los beneficios de la reciprocidad.

En la relación analítica hallamos las variaciones posibles de las dificultades consideradas. Aquí nos centraremos en ver sus evidencias a través del modelo de relación temprana en la transferencia preformada, y, a continuación, en las formas características de la relación con un objeto degradado, constreñido, achatado, social, etc. La transferencia preformada avisa de la dificultad para establecer la situación analítica, el vínculo en el que es posible emoción en el encuentro y crecimiento mutuo. Estas dificultades fueron descritas por Meltzer en *The Psycho-analytical Process*, en la relación inaugural con el analista con referentes de la vida externa, sociales, planos; es, de hecho, una pseudotransferencia, resultado de la atribución *a priori* de roles «sociales» al analista (p. 8). Más adelante, Meltzer concretó que «la cualidad principal de esta transferencia preformada sería la pegajosidad, es muy adhesiva. Llevaría a intentar convencer o hacer que el analista actúe. Sería así como ellos (los pacientes) podrían seguir actuando, haciendo lo mismo de siempre, sin introducir ningún tipo de cambio, incluyendo al analista dentro de todo esto. En este caso, el analista será el nuevo objeto que les permite seguir con su conducta de esclavitud constante (1993) [...] Así, la transferencia preformada es previa al establecimiento de la situación analítica (1995)». Así relaciona el concepto de transferencia preformada a la actividad del vínculo -K (Bion, 1965, p. 80).

En estas condiciones, podemos ver al paciente viniendo a buscar cosas tal como lo haría en las

relaciones contractuales. Busca lo que él denomina «hechos», entendiendo por ello lo tocante a consecuciones de la vida cotidiana; nada que ver con los hechos tal como Bion los entiende, los sentimientos, aquellos que tienen que salvar la barrera de la preconcepción para poder ser recibidos y alcanzar un significado. Pensando que «lo más cerca que la pareja psicoanalítica se aproxima a un “hecho” es cuando uno de los dos tiene un sentimiento» (Bion, 1991, III, p. 536), en las condiciones referidas no hay relación en el sentido fuerte del término; el analista no ocupa el lugar de la madre con la que inaugurar el descubrimiento del mundo y seguir las tribulaciones de su impacto. El analista, como nuevo mundo al que se accede, carece de misterio; es, simplemente, alguien a quien se le ha atribuido una serie de características y de quien se esperan una serie de gratificaciones, como se esperan de cualquier otro objeto poseído. La experiencia analítica no es un viaje iniciático por el sendero del siempre intentar entender lo que huye, del calidoscopio de las infinitas formas y posibilidades de los objetos, sino la autopista hacia un supuesto final del que se conoce la naturaleza: el puro y simple bienestar —la ausencia del dolor que Zeus estipuló como condición— a través de un supuesto mecanismo de control que con la ayuda del analista se conseguirá reparar y mejorar en eficiencia.

De hecho, el paciente no busca aprender a iniciarse en el uso de habilidades para descubrir —incluso cuando dice ser sincero en la persecución de este objetivo—, sino repetir o reencontrar estados de confort y gratificación, aquellos que derivan, según Bion (1962, p. 10) apunta, de la escisión entre experiencia de amor y de satisfacción del vínculo madre-bebé durante el proceso de alimentación. El individuo plantea una relación con el mundo basada en la tranquilidad, estabilidad, repetición y bienestar, lejos de cualquier pretensión de entender de qué va la cosa. Por eso el analista puede ser visto como un dispensador de consejos y máximas; o como el proveedor de «la substancia» que alivie de forma inmediata el dolor mental; o como el experto del que aprender técnicas para el logro social; o como un modelo de vida a seguir; o como un lugar de progreso entendido como acumulación de información, etc. En definitiva, el espacio del pseudoconocimiento.

Esa peculiar arribada al análisis se concreta en el inmediatez con el que se reclama la reducción del dolor, en tanto que la tolerancia al sufrimiento mental está en relación directa con la posibilidad de la función psicoanalítica de la personalidad y el



crecimiento mental. Es aquí donde es más evidente el círculo vicioso en el que queda atrapada la mente enferma: si no hay tolerancia al dolor, es decir, a la espera de su alivio, no puede haber acceso al conocimiento, la verdad que, según Keats, nos embellece y procura la paz; en consecuencia, más dolor.

En el tránsito por dos casos podremos ver la relación de objeto inaugurada con la destrucción, superficialización y banalización de la belleza, y sus efectos en la construcción del pensamiento. Más adelante, el disgustado reconocimiento de las cualidades del objeto interno y la rebeldía en contra. Finalmente, la admiración y la aceptación de la dependencia y la pena por el tiempo malgastado.

La clínica

Bella

A los veintidós años y después de uno de casada, llegó quejándose de una fuerte angustia que atribuía a su marido —un joven abogado que fracasaba, según ella, intentando resolver problemas de familia— y dudando entre empezar un tratamiento o tomar psicofármacos. En realidad, sólo buscaba una amiga en quien poder evacuar su malestar; pasó meses con el tema recurrente de la utilización de los demás para procurarse confort y seguridad. Muy tacaña, constituía un problema el pago de las sesiones. Pagada de sí misma, solía referirse a un padre tiránico que la admiraba por su belleza y la animaba a profesionalizarse como modelo.

Poco después de reconocer cuán despótica había sido con sus amigas hasta que se apartaron de ella, contó un sueño: «Era un sueño muy raro: usted venía a verme a casa, al mediodía, cuando entra la luz por los ventanales del comedor y hace muy bonito. Yo la veía mucho más joven y vestida de manera informal: peinado de cola de caballo, medias ajustadas y botas militares como las de las chicas de hoy... Usted me decía que la tuteara, y comentaba que las cortinas que a mí me habían llevado en vela tantas noches eran muy lindas, y que yo había exagerado cuando le comenté que no conjuntaban. Le respondí que me parecía extraño como vestía, y usted contestaba que mientras trabajaba tenía que dar una imagen de seriedad, pero que ahora era otra: Yo la veía muy guapa, como una actriz de cine; me hacía pensar en Marisol, y la veía contenta de estar en mi casa. Yo le ofrecía alguna cosa para beber...»

Bella describe la subversión de la relación de dependencia del objeto: ella ostenta la belleza del pecho, comedor radiante de luz; las diferencias adulto-infantil quedan diluidas en el tuteo; la terapeuta sólo es una adolescente, pura belleza externa, de película; es la terapeuta la que la que quiere ver y beber, y Bella quien se lo va a ofrecer. La transferencia conforma la autoidealización infantil.

El escrutinio del lugar en el que queda la terapeuta, de la inversión de los valores, llevó a Bella a un sueño que le causó mucha angustia: «Soñaba que visitábamos con un compañero de oficina al proveedor del material que utiliza la empresa en la que trabajo.» Puntualiza que la empresa de este proveedor, ubicada en el área de Nou Barris, «es mejor que la nuestra; nos suministra el material y también fabrica el mismo producto que nosotros hacemos; pero él tiene más experiencia.» En el sueño, «mi compañero iba en su coche y yo en el mío. Allí veíamos que había instalado dos máquinas. Mi compañero le comentaba: “Es mucho mejor que lo que nosotros hacemos”. Yo no veía las diferencias y pensaba que mi compañero era un adulator». Aclara que en realidad ese hombre dispone de maquinaria actualizada. «Las máquinas de mi empresa están muy degradadas, tendrían que cambiarlas, y también el local, porque las nuevas son más voluminosas», comenta, «entonces yo me iba, buscaba el coche y no aparecía; me desesperaba pensando que quizá me lo habían robado. Me encontraba a mi madre y a un tío mío que me recriminaban haber dejado el coche aparcado de cualquier modo... Nunca lo dejo cerrado».

Cuando se le hace observar cuánto le cuesta reconocer lo que se le suministra en el tratamiento, cómo regatea su valor y el temor a ser recriminada y a perderlo a causa del maltrato, el final de sesión llega así: «Mire, como usted siempre me dice que sea sincera, lo seré. A menudo tengo la impresión de que cuando usted me interpreta lo que digo, es como si usted estuviera obsesionada por encontrarle sentido a todo... y yo pienso, ésta me dice tantas cosas porque es una psicoterapeuta y tiene que justificar lo que cobra.»

Bella exhibe cómo se malogran las cualidades de bondad, generosidad, capacidad y belleza del objeto. Llega al tratamiento con afanes evacuatorios: en el exterior realizados en el marido, para preservarse como objeto deseable, pecho modélico admirado por el padre; en el interior, buscando una amiga en la terapeuta, un pecho-rette (Meltzer, 1967, p. 23) donde vaciar su malestar, alguien que sólo justifica su salario con



mucha labia. Hasta aquí la degradación, más allá la angustia.

La paciente caracteriza a aquellos que, en el puro crecer, viven la admiración de los padres por su potencial de desarrollo como la prueba de que ya alcanzaron el objetivo. Así, la admiración es considerada adoración y el niño siente que en él acontece lo que el objeto admira y desea; la inversión adulto-infantil queda servida, y la criatura deviene modelo. De este modo, la dimensión infantil de la personalidad se cree en el derecho, por el privilegio de la superioridad, de hacer uso de los demás de acuerdo al modelo aristocrático (Meltzer y Harris, 1999).

En el sueño aparece el conflicto en juego: la reacción en el tránsito de la autoidealización al reconocimiento de la capacidad del objeto. El objeto bello, que sólo en apariencia hace el mismo trabajo —porque en realidad tiene mucha más experiencia, es más sofisticado, posee una maquinaria renovada y potente, como sólo la tiene el objeto interno—, se halla en un barrio degradado de Barcelona, agredido por los ataques especulativos tal como lo ha sido el pecho del que Bella depende. Fue así como Bella quedó con un alma fea dentro de un hermoso cuerpo. Un alma envidiosa que ni tolera la belleza del trabajo analítico ni el reconocimiento de quien admira la función parental en el modo superior de hacer las cosas. El anuncio del desastre, la angustia que la despierta de la pesadilla, emerge del reproche de la figura parental madre-tío: su manera de conducir, de «aparcarse» dentro de un objeto violentado por la envidia, significa la pérdida del equipo que ella necesita para echar adelante su evolución.

Roberto

Este joven arquitecto, acudió a los veintitrés años aquejado de una depresión con ideaciones suicidas. Cuatro años de análisis recorrieron el sarcasmo ante cualquier interpretación, la desatención, extravagancia y distorsión del sentido de lo que se le comunicaba con juegos de palabras, parodias, intervenciones «ingeniosas» vacías de contenido o con la pura y simple negación, basada en la confrontación y defensa de sus valores, considerados principios incuestionables y de carácter universal. Burlón, solía decir: «Menuda imaginación tiene usted. Vaya, es increíble». La relación era desesperante, tan inútil y con poco futuro como las que mantuvo con diversas mujeres en este período de tiempo.

El trabajo sobre el ataque a la belleza de la relación le llevó, en el quinto año de tratamiento, a enamorarse por primera vez: Ágata —una recién licenciada en arquitectura que se incorpora al taller de proyectos en el que Roberto trabaja— pasa a ser una chica hermosa que teme no merecer. En un concurso al que ambos presentaron sus respectivos proyectos, el de Roberto fue seleccionado. Preocupado por la decepción de Ágata, incorporó al suyo ideas del de ella en el momento de la ejecución de las obras, haciéndola figurar como copartícipe en el proyecto. Unas noches después una pesadilla despertó a Ágata; le pidió que la ayudara a entenderla. «Entonces hice de usted. y hablamos largamente... Después pudo dormirse... Por la mañana me dijo: “¿Por qué no escribes Roberto?”... Me sorprendió... Quizá sí que tengo capacidades para escribir. No lo había pensado antes.» También comenta que Ágata, que en ocasiones se descuelga con un lenguaje impreciso, está incorporando el más depurado que él suele emplear.

Hablamos de la reciprocidad estética y de que, cuando se da en la relación y se cuida de ella, lleva a una evolución permanente a través de la constante retroalimentación del vínculo. Al salir del consultorio me mira como en maravilla: «Hasta mañana». Nunca dijo esto antes. Será mañana cuando Roberto, triste, comentará que no se hace a la idea del tiempo malogrado durante años; inicia la entrada en el círculo benéfico de la reciprocidad estética. El *methodos* vuelve a funcionar, entregado a «proyectar», indefinidamente, en la creación de significado... También es momento de reconocer, con tristeza, el tiempo de la inmovilidad. Para que así suceda, también el terapeuta, como la madre, ha de poder reconocer y dar testimonio de la belleza de la producción y del potencial del paciente, de la hermosura del niño... Si el analista, saciándose golosamente de su producción, no da cabida a la esforzada tarea del paciente, se instalará de nuevo el círculo maléfico.

Ferenczi (1923, p. 41-42) ya advirtió del supuesto saber del analista exhibido, con soberbia, al paciente. No se puede mamar de un pecho arrogante, narcisísticamente pagado de su superioridad; su grandeza, a la postre, reside en la síntesis de todo lo recibido de los objetos internos y externos que le han precedido y le preceden. También el poeta canta la necesaria reciprocidad estética: «... Bien penetrado vengo del cariño de lo que yo prendí con mi presencia. Yo le puse en su flor una vehemencia tan grande, mi conciencia de niño; y ello me tiene y me quiere con fulgor también de niño; fulgor de niño en seno grande, sol,



conversación del amor impetuoso en fuente de mirífica inocencia...» (J. R. Jiménez, 1936-1954, p. 318)

Sólo en esta atmósfera de mutualidad benéfica, ambos protagonistas pueden incorporar nuevas palabras, alejándose de ese lenguaje impreciso que, cargado de grandiosidad y prepotencia, intenta reunir lo que va más allá de toda descripción posible. El exabrupto de arrogancia no es patrimonio del paciente. Puede serlo del analista no dispuesto a aprender cada día de la lección que brota del paciente, del «profesional» de la teoría, de quien piensa que ya llegó donde debía... Se halla en el otro extremo de la humildad del poeta, que siempre se vive hablando como un niño:

... Sólo alguna vez, por el resquicio de mi llanto, he vislumbrado
no sé qué lucecillas... y me he dado a soñar.
Luego me he puesto a escribir.
Así han salido mis versos... desgarrándome, con ansiedad
y con dolor...
Nada son, sin embargo, bien lo sé... Balbuceos...
Lenguaje infantil y primario...
¿Cuándo comenzaré a hablar?..
¿Cuántos siglos tendrán que transcurrir todavía
para que pueda pronunciar las palabras esenciales
cargadas de conocimiento, de amor, de Luz?¹⁸

Comentarios al material clínico

Pretendimos una perspectiva del modelo que impregna la relación con pacientes en los que la perturbada resolución del conflicto estético conlleva la degradación del potencial de desarrollo. La envidia inaugura en Bella el conflicto, buscando una salida con el concurso de la escisión, atacando la admiración por la belleza del equipo del objeto interno; vive entonces de la posición aristocrática que le facilita su transitoria belleza, pero no puede eludir el fracaso a causa de la insolvencia en la producción de sentido en las relaciones. Habita en un mundo bidimensional en el que las técnicas de logro constituyen lo que hay que aprender y el único sentido de la vida; de ahí va al confinamiento, la detención evolutiva y el aislamiento social progresivo.

Roberto está más allá. Lo que Bella consiguió con su belleza él lo alcanzó con la palabra. Atrapado en la admiración que su precoz verborrea infantil producía, llevó el uso del lenguaje hasta hacer de él una aristocracia destinada a aturdir a los

demás —con su capacidad argumentativa—, seducirlos o usarlos despóticamente. Pero Roberto ha llegado a otro mundo en el que contemplar la belleza y valores del otro le permite aproximarse a la suya, en un inacabable vaivén de reconocimiento compartido. Hay un cambio espectacular en la relación con Ágata; la ayuda tanto como puede en el proyecto de rehabilitación arquitectónica en la sede de una O.N.G. en la que ella colabora muy activamente; mientras él trabaja, a veces Ágata se detiene a mirarle arrobada y le dice: «¡cuánto me cuidas!», y de corrido, «te deseo... quiero hacer el amor contigo. Aunque vaya hecho un desastre de tanto sudar por la faena», dice Roberto. «Nunca imaginé una cosa así», continúa. Es ahora cuando está descubriendo la función del pene del padre (Meltzer, 1988, p. 62): amar, proteger a la madre interna y externa de las agresiones de los bebés que no pueden evitar ensuciar el nido, poner su fuerza y habilidad-creatividad al servicio de hacer hogar, de dar recursos para la vida allí donde antes sólo hubo denigración y muerte. De ahí, la reciprocidad en la admiración de la mujer.

El círculo de la creación ya está nuevamente a punto. Y con él la belleza. Mostrarle a Roberto que nunca antes pudo imaginar que ésta era la función del pene —y no el valerse de procedimientos intrusivos para apoderarse de la belleza del pecho y arruinarla a continuación— le lleva a recordar la segunda epístola de Pablo a los Corintios, en la que el santo dice que la posesión de muchas lenguas no hace al hombre más caro a los otros hombres, sino el amor... Roberto empieza a saber qué es amar. Bella aún no lo sabe.

Comentarios relativos a los aspectos técnicos

No es fácil trabajar con pacientes como los referidos. El desencuentro con la belleza del mundo por el trato denigratorio del objeto interno a causa de la identificación intrusiva (Meltzer, 1992, p. 15), detiene el proceso evolutivo y lleva a la pérdida del sentido de las relaciones humanas expresada en la posibilidad infinita de creación. Además, ignoran dónde están atrapados; sólo perciben angustia.

Como recomienda Bion (1970, p. 124), la técnica pasa por tomárselo con mucha paciencia; hay que soportar el aburrimiento de un discurso chato de significación, que sólo colecciona estereotipias de consecución; denunciar una y otra vez el denigrante sistema de valores propuesto como



modelo; destacar el mundo de desconfianza en el que sólo se sobrevive; puntuar, sin desmayo, la presencia de la estupidez y la palabra vacía; exigir la descripción del proceso de pensamiento y su relación con la toma de decisiones para desenmascarar la falta de sentido y la incongruencia; denunciar la superficialidad de unos modelos que garantizan un aprecio tan fútil como contingente; señalar el mal uso de los recursos y el lamentable resultado de tanta inteligencia para nada; indicar la soledad, tanto interna como externa... En definitiva, hacer lo más desagradable posible la descripción de este mundo desértico en el que todo rastro de belleza ha desaparecido. Así, tal madriguera se hace insoportable...

El trabajo del analista consiste en promover el desencanto por este amontonamiento de ignorancia en estado puro. La esperanza es que, libre de la carga de un saber que no sabe nada, pueda aparecer de nuevo la criatura que se atreva a andar a tientas por los infinitos caminos del mundo. Ése será el momento de activar la reciprocidad estética con el bebé que nace a la transferencia... y esperar su evolución con ilusión, como la madre que sueña con lo que el hijo será en la madurez. Esto nos lleva a la dificultad de nosotros mismos en tanto que aspirantes, como decía Bion, a devenir analistas, en el proceso de evolución hacia este objetivo-objeto analítico. También quedamos expuestos a la irradiación de la belleza de un método y una función que pueden resultarnos tan insoportables por su misterio como lo son para nuestros pacientes. Aunque el tema exige mucho más de lo que este trabajo pretende, pasaremos por ello de puntillas.

Los analistas y el método psicoanalítico

Como se señaló, lo descrito también vale para analistas sin deseo de enfrentar día a día el misterio de nuevos mundos. Meltzer (1988, p. 22) dice: «...los analistas tienen el mismo conflicto estético en su romance con el método psicoanalítico y su marco teórico sobre la personalidad y el proceso terapéutico»; también vale para quienes prefieren disfrutar de los beneficios del *status* alcanzado, gozar de teorías y técnicas acreditadas y de las oportunidades que facilita la cultura del grupo de pertenencia que a transitar, como Meltzer señala, por la experiencia de lo que no puede ser descrito; porque esto, vivible pero no explicitable, es sólo para el mundo de la intimidad y, por lo tanto, ajeno a las satisfacciones de lo social.

Ferenczi (1923; 1932a; 1932b) ya advirtió de esas celadas, y lo hizo con dureza, cuando hablaba de la escasa dedicación de los analistas al análisis, el exceso de apoyo en la teoría y la técnica establecida, de modo que las experiencias de relación con el enfermo se perdían en los senderos del supuesto saber *a priori*. Eso que denunciaba el analista húngaro tiene hoy tanta vigencia como cuando se formuló (Talarn, en prensa). Resulta necesario recordar la advertencia de Bion cuando reclama la disponibilidad del analista para la espera evitando escapar hacia la tranquilidad que procura el apoyo en una teoría, la cual, no puede ser nunca utilizada como una solución sino sólo como un modelo que puede revelarse útil. Martha Harris insiste en lo mismo al referirse al incorrecto empleo de las teorías cuando «se utilizan tradicionalmente en el ámbito de la salud mental como baluarte contra las endémicas incertidumbres perturbadoras en el trabajo» (1987, p. 334) Meltzer ha tocado este punto una y otra vez; en *The Psycho-analytical Process* destaca algunos de los peligros que sobrevuelan la tarea del analista: «Me refiero a su capacidad de “descubrir” los fenómenos psicoanalíticos más allá de la verificación de todo lo que se le ha enseñado. Si bien éste es un valor de la concepción, debemos recordar sus peligros, es decir, la tentación de protegernos de las zozobras antes enumeradas mediante la escotomización, el control obsesivo, la dependencia fácil de la teoría y la sumisión a la misma» (p. XVII). Esta zozobra no es otra que el impacto de la contratransferencia; sin su experienciación y observación, no hay sede para las realizaciones emocionales que se hallan en la base de la experiencia estética necesaria al desarrollo de la dimensión artística del trabajo analítico. Meltzer estimula a adoptar la posición que le llega del interés renovado por Platón, el gran constructor de símbolos: «Sentado en el consultorio, mirando las sombras de la pared de la propia mente». (1988, p. 200)

Unos y otros no cesan de recordarnos que el método psicoanalítico ha cambiado profundamente desde sus orígenes, y que también, por lo tanto, ha cambiado la posición del analista: la de iluminar el material del paciente desde todos los vértices que es capaz, para que la experiencia emocional halle el lugar donde poder ser acogida y alcance a germinar un significado. En este modelo, las funciones imaginativas, emocionales, asumen una dimensión nueva: toman la dirección del desarrollo experiencial de la mente empujándola, como destaca Harris-Williams (1990, p. 24), para liberarla del conservadurismo. Meltzer concreta su



papel así: para «ayudar al paciente a mejorar sus funciones mentales y crecer en su estructura mental, el analista queda reducido a ofrecer su opinión, a menudo más basada en juicios estéticos intuitivos que en evaluaciones intelectuales precisas» (1978, III, p. 93). El intento bioniano de trabajar sin memoria ni deseo para que la belleza de la experiencia de relación pueda revelarse en su plenitud, continua siendo un bien muy escaso; no hay muchos *limitanei* que esperen con coraje y paciencia el advenimiento del conocimiento. Porque la acción real se sitúa en medio de la tempestad emocional entre los participantes, que luchan para conseguir un lenguaje o una orientación a partir de la cual pueda surgir un modelo. Así plantea la dificultad en *A Memoir of the Future* (III, p. 516-17):

Roland: ¿No dirás en serio que una sesión analítica es comparable a entrar en combate?

P. A.: Comparable, sí. Nadie espera una muerte inminente aunque existe esta posibilidad... Quien no tiene miedo cuando está comprometido en la tarea del psicoanálisis, o bien no está haciendo correctamente su trabajo o bien no está capacitado para hacerlo.

En este combate el analista, repitámoslo, no es el director de la experiencia del paciente, sino un humilde participante en «O» (Meltzer, 1978, III, p. 76), simple testimonio —y no está nada mal el privilegio— de la aparición estética de la idea psicoanalítica. Los consejos de Machado bien podrían ayudarnos a acceder, soportar y sostener esta posición:

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya,
así en la costa un barco sin que el partir te inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es larga y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta
y no llega a la mar tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo y, además, no importa.¹⁹

Rosa Castellà i Berini
Lluís Farré i Grau
Avinguda de la República
Argentina 252, 2n, 2a
08037 Barcelona
Tel. 93 418 38 33

Bibliografía

- BION, W. (1962) *Learning from experience*. London: Maresfield Reprints, 1984.
- (1963) *Elements of psycho-analysis*. London: Maresfield Reprints, 1984.
- (1965) *Transformations*. London: Maresfield Reprints, 1984.
- (1970) *Attention and interpretation*. London: Karnac Books, 1984.
- (1991) *A memoir of the future*. London: Karnac Books.
- CASTELLÀ, R.; FARRÉ, LL. (1999) «Explorant la dimensió identificatòria de la Identificació Intrusiva: grandiositat i vida al Claustum». *Intercanvis/Intercambios*, [Barcelona], 2, p. 7-17.
- ÈSQUIL. «Agamèmnon». En: *Les set tragèdies*. Barcelona: Ed. 62, 1986.
- FELIPE, L. (1920-1969). *El poeta canta en el viento*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1998.
- FERENCZI, S. (1932a) *Diario clínico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- (1932b) *Confusión de lengua entre los adultos y el niño*. En: *Obras completas*. Madrid: Espasa Calpe, 1984. vol. IV.
- RANK, O. (1923) *The Development of Psycho-analysis*. Madison: International Universities Press, 1968.
- GARRIDO, C. [Ed.] (1998) *L'esperit romàntic*. Palma de Mallorca: J. J. de Olañeta Editor.
- HARRIS, M. (1987) «The individual in the group». En: M. HARRIS-WILLIAMS [ed.], *Collected Papers of Martha Harris and Esther Bick*. London: The Roland Harris Educational Trust.
- HARRIS-WILLIAMS, M. (1990) «Veure amb la ment, en la literatura i la psicoanàlisi». En: *Curs Psicoanàlisi i Literatura*. Barcelona: Fundació la Caixa de Pensions.
- (1998) «The aesthetic perspective in the work of Donald Meltzer». *Jour. of Melanie Klein and Object Relations*, 16, (2), 209-218.
- (1999) *Violencia y creatividad en la adolescencia -con referencia a Hamlet-*. Barcelona: Fundación Puigvert. [Conferencia]
- JIMENÉZ, J. R. (1923-1936) *La estación total con las canciones de la nueva luz*. Barcelona: Tusquets, 1994.
- (1936-1954) *Lírica de una Atlántida*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999.
- KEATS, J. «Ode on a Grecian Urn». En: *Selected Poems*. New York: Gramercy Books, 1993.
- MACHADO, A. (1903-1939) *Donde las rocas sueñan*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1998.
- MARTÍNEZ MARZOA, F. (1997-1998) *Seminarios de filosofía. III: Hegel y Platón*. Barcelona. [Inédito].
- MELTZER, D. (1967) *The Psycho-analytical Process*. London: The Roland Harris Educational Trust, 1979.
- (1971) «Sincerity: a study in the atmosphere of human relations». En: *Sincerity and other works. Collected papers of Donald Meltzer*. London: Karnac Books, 1994.
- (1978) *The Kleinian Development. Part III. The Clinical significance of the Work of Bion*. London: The Roland Harris Educational Trust, 1985.
- (1988) *The Apprehension of Beauty*. London: The Roland Harris Educational Trust.



- (1990) «Model de la ment i literatura». En: *Curs Psicoanàlisi i Literatura*. Barcelona: Fundació la Caixa de Pensions.
- (1992) *The Claustrum*. London: The Roland Harris Educational Trust.
- (1993) *Seminarios de D. Meltzer con el Grupo Psicoanalítico de Barcelona. Caso Marcia*. [Inédito].
- (1994) *Psycho-analytical perspective on the mental functioning of the fetus*. Barcelona, mayo. [Conferencia].
- (1995) *Seminarios de D. Meltzer con el Grupo Psicoanalítico de Barcelona. Caso Felix*. [Inédito].
- ; HARRIS, M. (1999) «La aristocracia de la belleza». En: *Adolescencia*. Buenos Aires: Spatia.
- TALARN, A. *Introducción a la obra de Sandor Ferenczi*. [En prensa].
- TRÍAS, E. (1991) *Lógica del límite*. Barcelona: Ed. Destino.
- UNGARETTI, G. (1919-1960) *Sentimiento del tiempo. La tierra prometida*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 1999.

Referencias del poemario (ver textos de referencia en la bibliografía)

1. Segovia, T., Prólogo a G. Ungaretti: *Sentimiento del tiempo*, p. 11.
2. Jiménez, J. R., *Los olmos de Riverdale (1936-1954)*, 11, *El florero plácido*, p. 230.
3. Felipe, L., *Llamadme publicano*, 6, *Oíd*, p. 170.
4. Felipe, L., *Llamadme publicano*, 4, *Trampas*, p. 167.
5. Felipe, L., *Moribundo... eternamente moribundo*, p. 202.
6. Jiménez, J. R., *Romances de Coral Gables (1936-1954)*, 1, *Navegante*, p. 119.
7. Machado, A., *Glosa*, LX, p. 106.
8. Jiménez, J. R., *La estación total con las canciones de la nueva luz (1923-1936)*, p. 48.
9. Felipe, L., *Un poeta payaso, angelical y estafalario*, p. 252.
10. Machado, A., *Proverbios y cantares*, XXIX, p. 241.
11. Felipe, L., *Autobiografía*, p. 254.
12. Jiménez, J. R., *En los espacios del tiempo (1936-1954)*, p. 253.
13. Jiménez, J. R., *En su corriente (1936-1954)*, p. 228-229.
14. Jiménez, J. R., *En orden de hermosura (1936-1954)*, p. 324.
15. Jiménez, J. R., *Esta parada con mi verja (1936-1954)*, p. 171.
16. Felipe, L., *Colofón*, p. 201.
17. Ungaretti, G., *Danni con fantasia*, p. 144.
18. Felipe, L., *Otras poesías, Balbuceos*, p. 201.
19. Machado, A., *Consejos*, p. 252.

